

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS

DE LAS BALEARES.

SEGUNDA SERIE.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

Esta Asociación no solamente esquiva sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretesto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

EL YUGO DE LOS PARTIDOS.

Aguijoneado por la pasión el hombre sacude el freno de las leyes morales que le contengan, suelta la rienda á sus caprichosos apetitos, quiere desentenderse de las prescripciones sociales, y así como yendo en busca de efímeros placeres tal vez no encuentra mas que amarguras y decepciones, así creyendo hacer alardes de libertad y de independencia se precipita él mismo en las garras de la mas dura tiranía. Porque con las pasiones no se puede andar en tratos, nunca juegan á tira y afloja: ó las dominamos por completo ó ellas nos dominan; conviértense en despóticas tan pronto como dejan de ser esclavas. Por eso el que las obedece, en vano se figura ser dueño de sí mismo, en vano se hace la ilusión de que marcha con la cabeza erguida cuando se la mantiene doblada el ferreo yugo que él mismo se ha impuesto.

Una cosa parecida, aunque de un orden muy diferente, les sucede á los que se resuelven á tomar parte en las contiendas políticas y á ser miembros activos de un partido militante. Sea cual fuere la razón que les haya dado pié para decidirse, obren movidos por su propio interés ó por puro patriotismo, déjense llevar de juvenil entusiasmo ó por la corriente de ideas que estén en voga, traten de conquistar una posición elevada ó una reputación merecida, ello es que dado el primer paso ostensible contraen formales compromi-

tos que muchas veces no se sabe hasta donde podrán conducirles. Y cuanto mas se haya andado, mas difícil se vuelve el retroceso. Estaban en completa libertad para escoger el partido; pero despues ya no la disfrutaban con igual amplitud para abandonarlo. Ellos mismos se han declarado espontáneamente soldados, han presentado su filiación, han elegido su bandera; y el día en que dejen de acudir presurosos á su defensa ó de obedecer ciegamente la voz de sus gefes, se verán tratados como tráfugas y desertores. Quizás su abstención no carecerá de respetable fundamento, y se hallarán muy tranquilos de conciencia por haber seguido su dictámen despues de pesadas con bastante detención las razones de su conducta ulterior; y sin embargo, esto no les librará de una continua lluvia de alfilerazos que les prodigarán las manos mismas que con tal ahinco estrechaban antes las suyas. Podrá aplicarse la dolorosa expresión del profeta: «todos mis amigos me desprecian y se han vuelto enemigos.» Porque en la vida de los partidos no se aprecian las cualidades morales sino los servicios incondicionalmente prestados, y el afecto que uno se grangea está en razón directa de la fuerza que les añade, del número de votos que representa.

El hombre de mas saber y valía, que por su carácter especial ó porque otros le hayan cogido la delantera, no llega á ser uno de los oráculos del partido, nunca vale tanto como una docena de genizaros perfectamente regi-

mentados. La disciplina es ante todo. Un carácter independiente es una planta exótica, que no solamente no medra, sino que ni aun puede vivir en la atmósfera viciada de los partidos. El que por desgracia ó por fortuna se halla dotado de este carácter, que viva á solas: sea hombre de opiniones si tanto quiere, mas nunca hombre de partido. Para serlo se necesita ser flexibles, complacientes, maleables, y este es un requisito que falta á las conciencias timoratas, á los que no quieren dar su brazo á torcer, á los que hacen gran caudal de sus propias ideas. Cuéntase que Omar, gran caudillo de los sarracenos, al dar la bárbara orden de pegar fuego á la famosa biblioteca de Alejandría, dijo que si los libros en ella apilados estaban conformes con las doctrinas de Mahoma, eran superfluos, y si no lo estaban merecian ser quemados. Así como están organizados los partidos que luchan para hacerse dueños del poder, si las ideas de los *simples fieles* no están acordes con las del Sanhedrin que los dirige, deben condenarse por heterodoxas, y cuando lo están pueden suprimirse por innecesarias. Hay lo suficiente con que el cerebro de los adeptos sea un eco fiel de los pensamientos que predominan en las altas regiones del partido; y el eco responde tanto mejor, cuanto mas vacía es la montaña que lo produce. Lo que importa es que los músicos tengan oído atento y puestos los ojos en la *batuta* de los directores de la orquesta: ellos constituyen la cabeza, el órgano pensador; y los que solamente son manos ó piés ó brazos no deben usurparles el oficio, basta que tengan boca para contestar á todo *amén*.

Y es que la libertad de pensar que tanto sirve para fundar partidos, es muy buena para proclamada en teoría; mas pronto conocen ellos que llevada al terreno de la práctica no haria mas que introducir la confusion y el desconcierto en sus filas. En ellas es preciso que vistan el mismo uniforme las ideas, como en un batallon lo visten los soldados. Pudiérase pasar facilmente desde la diferencia de matices á la diferencia de colores: ligeras disidencias podrian con el tiempo engendrar un cisma y venir en pos de este la disolucion y la

ruina. Por eso los partidos formulan su credo político, y exigen de los neófitos, no una fé implícita que esta poco les importa, sino todos los signos exteriores de un formal asentimiento. El que tenga algun reparo que oponer á tal ó cual de sus artículos, lo mejor es que se calle, que no falte á ninguna de sus prácticas, que no escatime ninguno de sus votos, que sea dócil á la voz de sus adalides, si no quiere disfrutar el triste placer de verse excomulgado por los suyos. Tal es el yugo á que han de alargarse docilmente el cuello los que se resuelven á ser hombres de partido. Se les exige el sacrificio de su libertad de pensamiento, imponiéndoles la manera de ver las cuestiones que en el mundo político se agitan, de juzgar á los personajes que en él figuran, de apreciar los hechos que en él se verifican. Y este sacrificio lo exigen con mayor rigorismo y dureza los partidos que mas alto claman en favor de la libertad y tolerancia de opiniones. Sea que estos confien mas en la severidad de la disciplina que en la bondad de sus teorías, sea por una de las inconsecuencias propias del espíritu humano, ello es que los resultados de una observacion minuciosa, y el estudio de pequeños rasgos que bastan para delinear un carácter moral, nos harian ver claramente que en las regiones superiores de los partidos se envuelve mayor despotismo y en las inferiores mayor servilismo, cuanto mayores son los alardes que se hacen de la palabra á que se ha dado una significacion opuesta. Los partidarios mas serviles, los que con mayor facilidad soportan el yugo, suelen abundar mas en los partidos que mas blasonan de liberales, ventaja que no dejan de conocer y aprovechar sus caudillos.

Ponerse de buen grado en una situacion que en cierto modo obliga á reconocer superioridades facticias, á prohijar ideas ajenas, á ver las cosas al través de cristales de un color determinado, es un sacrificio que debiera ser mas duro de lo que parece á juzgar por el afán de las muchedumbres que se apresuran á consumarlo. Y á mas de esto queda la necesidad de proveerse de una conciencia elástica ó siquiera algun tanto acomodaticia. Desde el momento

en que uno pertenece á un partido, le pertenece en cuerpo y alma: el menor escrúpulo que abrigara respecto á las decisiones ó á los hechos aprobados en los conventículos de sus correligionarios, seria lanzar contra estos una acusacion de inmoralidad ó de falta de delicadeza. Su conciencia ha de doblegarse bajo el peso de la ley de las mayorías: para él las intrigas no han de pasar de inocentes estragemas, los sórdidos manejos de ingeniosos recursos, las ambiciones mas descabelladas de justa aspiracion á recompensas merecidas. Esto si se trata de *los suyos*, porque los mismos hechos verificados por sus adversarios han de ser juzgados por él como dignos de execracion y de público anatema. Debe llevar en un bolsillo la indulgencia que disculpa y en el otro la malicia que agrava, para aplicarlas oportunamente y no exponerse al riesgo de apreciar idénticas acciones con un mismo criterio inflexible y absoluto. La vívora muerde y tambien muerde la sanguijuela; pero ¿quién se para en otra cosa mas que en los diferentes resultados de una ó de otra mordedura? La moral de los partidos es eminentemente utilitaria: rígidos Catones, censuran amargamente cuanto les perjudica; relajados casuistas, aprueban y aplauden cuanto es favorable á sus miras ó contribuye á secundar sus proyectos; y el que voluntariamente acepta su yugo no ha de sellar sus labios cuando los de sus compañeros vomitan rencorosas diatribas, ni ha de estarse mano sobre mano cuando las de sus amigos levantan estrepitoso palmateo. Ha de sonreír cuando ellos sonríen, ha de entusiasmarse cuando ellos se entusiasman, ha de sentirse herido cuando ellos se quejan, ha de entonar todos los himnos que su ritual prescribe, ha de hacer coro á todas sus protestas, amenazas y dicterios. Porque en las agrupaciones políticas los rasgos característicos del individuo han de borrarse y fundirse en las manifestaciones de la vida colectiva, puesto que para el fin que se proponen, no solamente les interesa la conformidad de ideas y aspiraciones, sino tambien la igualdad de pasiones y sentimientos.

¿Y qué seria de ellas si así no fuese? ¿Cómo podrian hablar de la opinion pública, si en su mismo seno estuviesen discordes las opiniones? ¿Cómo invocar el sentimiento universal para fundar sus exigencias, si latieran de diverso modo sus pechos? ¿De qué les serviría el fogoso entusiasmo de unos, si habia de entibiarse con el frio contacto de sus compañeros? Sin esta unidad de ideas y aun de afectos, que es el vínculo moral de toda sociedad humana, ¿de qué serviría recomendar con tanto ahinco el *tacto de codos*, que viene á ser para un partido lo que fué para Sanson su larga cabellera? Hoy marcharian juntos como caravana que atraviesa los desiertos de la Arabia, y mañana se dispersarian como bandada de palomas que el cazador ha sorprendido: hoy sostendrian con valor una ó muchas escaramuzas, para perder mañana un combate decisivo: hoy confundirian sus gritos en una aclamacion, para desatarse mañana en quejas y recriminaciones y arrojarse unos á otros los mas amargos improperios. Para ser verdaderamente hombre de partido no basta suscribirse á periódicos de un color determinado, preferir á cualquiera otra su lectura, poner una firma en sus exposiciones, aceptar sus candidatos, darles el voto sin reparo ni vacilaciones y proporcionarles otros por añadidura; no basta tener abierto el bolsillo para contribuir á prorata en las ocasiones que se ofrezcan; es necesario una adhesion interna, es necesario vivir de su vida, aspirar su aliento, participar de su espíritu, agitarse en su atmósfera sofocante y borrascosa. Hay que renunciar á su independencia, despojarse de su libertad, estar pronto á sacrificar tal vez su conciencia.

Que por esto pasen los que al afiliarse á una bandera política tienen puesta la mira en su medro personal, no debe causar extrañeza, porque la esperanza de un crecido salario les hace mucho menos duras estas fatigas y humillaciones. Saben que no pocas veces es la nacion la que recompensa esplendidamente los servicios prestados al partido, y maldita la ventaja que la nacion de ellos ha sacado. Si aquel triunfa, si conquista el poder, imán de

sus deseos, objeto de sus afanes, laurel de su victoria, dueño será de un botín, bastante rico si tantos no fueran los que se creen con derecho á tener parte en la distribución de los despojos. Quien entonces no entre en el número de los escogidos podrá conosolarse como el comerciante que se declara en quiebra, pues no tendrá mas remedio que encogerse de hombros y convenir en que ha hecho una especulación desgraciada.

Apenas hay partido político que no tenga miel en sus labios; con estudiadas frases, con enérgicos ditirambos, con brillantes peroratas se esfuerzan en demostrar que la felicidad ó la salvación de la patria dependen del triunfo esclusivo de sus ideas, que solo sus prohombres poseen la aptitud necesaria para traducirlas en hechos, y que por lo mismo la patria no es mas que una huérfana desvalida cuyos bienes serán dilapidados si no se les encomienda la tutoría. Con tanta formalidad é insistencia repiten que sus principios son los únicos sólidos y razonables, que sus aspiraciones son las únicas levantadas y generosas que nada tiene de sorprendente si jóvenes de honradez y despejo, de corazón impresionable y denodado brío se dejan coger en las redes de su elocuencia, abrazan con entusiasmo su causa y se deciden á tomar una parte activa en tan laudable empresa. Oyen remedar el canto de la sirena, y en la primavera de su edad no tienen todavía á mano la cera para taparse los oídos. Creen que su actividad y sus talentos harán converger sobre ellos las miradas de sus correligionarios, y que un día tal vez brillarán en elevado puesto, donde la integridad de su carácter sabrá resistir á todo género de tentaciones, y hasta, si importa, desobedecer la consigna del partido. Ó tal vez, llevando mas adelante sus lisongeras esperanzas, creen que un día llegarán á dominarlo, á ser levantados sobre el pavés y proclamados como uno de caudillos. Pero, ¿creen por ventura que con esto recobrarían su perdida independencia? ¿creen por ventura que en los partidos el que manda, en el mismo acto de mandar, no obedece? Acaso el que se halla al frente de alguna de sus secciones, el que se

ve mas servilmente adulado, el que parece ejercer su jurisdicción con mas desembarazo, el que mas se engríe del respeto que le tributan, no pasa de ser un cacique honorario, y el verdadero maese Pedro es un Ginés de Pasamonte, por demás travieso y tanto mas osado cuanto ménos es conocido.

Al entrar en ese laberinto, donde la falta de Minotauro está suplida por una imprevista série de contratiempos, inquietudes y desazones, debiera uno llevar consigo el hilo de Ariadna para dar fácilmente con la salida, al sentirse cansado de vagar perdido por sus intrincadas revueltas. Dura cosa es el permanecer encerrado allí contra su voluntad, y no menos dura el tener que arrostrar hondos pesares si se quiere franquear otra vez la puerta. Seguro puede estar que no faltará quien torcidamente interprete su conducta, que le asestará sus dardos la maledicencia, que será blanco de la indignación y tal vez de la calumnia. Los partidos no lloran, se irritan, cuando alguno de los suyos les abandona: le ven separarse de sus filas, con el mismo gusto con que un pescador ve que se le escapa el pez que ya habia mordido el anzuelo. Para prevenir ó cuando menos disminuir este riesgo, han inventado una virtud cívica, ellos que en tan poca estima tienen las virtudes cristianas. Los partidos, hijos de la revolución, ensalzan hasta las nubes la virtud de la consecuencia, como si fuera su virtud predilecta, la reina de todas las virtudes. Pues qué! ¿no puede acontecer mil veces que sea un acto virtuoso, loable, meritorio lo que llaman falta de consecuencia? Cuando la conciencia grita que se tienen ideas equivocadas, que se vive en el error, ¿se ha de perseverar en él por la indiscutible razón de no parecer inconsecuente? Y hablan de independencia, de libre exámen, de progreso! ¿Quién les ha dicho que no puedan ser estos los móviles de la acción que tan fuertemente condenan? Claman *libertad!* y quieren convertirla en una especie de arráz berberisco. Dado que esta fuese una diosa Vénus en persona ¿sería acaso mucha libertad el estar á la concha de Vénus amarrado?

T. AGUILÓ.

LA NOCHE DE NAVIDAD.

CUADRO DE COSTUMBRES POPULARES

por Fernán Caballero. (*)

Esta noche es Noche-buena,
Y no es noche de dormir;
Que está la Virgen de parto,
Y a las doce ha de parir.

Era una nublada y fría noche de diciembre, tranquila en su crudeza, silenciosa en su oscuridad. El firmamento parecía cerrar los ojos, y la naturaleza doblar la cerviz, vencidos por el rigor del frío. Una partida de soldados había llegado tarde á cierto pueblo en que solo debían descansar algunas horas, y despues proseguir su marcha hacia un puerto de mar en el cual debían embarcarse para América.

El oficial que la mandaba, al retirarse á su alojamiento, notó una animación extraña en un pueblo tan quieto, y mas á esa hora. Aunque no distinguía bien los objetos por la oscuridad completa en que estaban las calles, notó que se arremolinaba un grupo numeroso en la esquina de la plaza; el oficial se dirigió hacia allá sin ser notado. ¿Qué podría ser? ¿Qué se intentaba?—Lo raro era que los conspiradores, caso que lo fuesen, eran, como notó el oficial al acercarse, sumamente pequeños, y hablaban sumamente recio.

—En *cá* de tía Belen hay zambomba, dijo uno en voz perentoria.

—Y en *cá* de tía Beatriz hay zambomba, pandereta y palillos, dijo una vocecita de tiple, clara como un pito.

—En *cá* de tía Belen hay tortas, repuso con energía la voz anterior.

—Y en *cá* de tía Beatriz buñuelos y mistela, contestó el tiple con brío.

—¡Pues vamos allá! gritaron todos en coro; y el grupo voló como una bandada de gorriones.

La tía Beatriz era una viuda sin hijos, de buena edad y mejores proporciones, muy buena, muy primorosa, muy caritativa y muy dada á las cosas devotas. Vivía sola con una *vieja* que le servía de *moza*: esta *vieja* que tenía un genio de vinagre no agudo, se llamaba la tía Pavona; como la lengua española marca clara y perentoriamente los géneros femeninos y masculinos con la *a* y la *o*, habíanla colocado una *a* al fin del apellido para significar con este distintivo que la persona así nombrada pertenecía al bello sexo, terriblemente degenerado en esta ocasión, porque la tía Pavona, que era chica, delgada, apergaminada, bisoja y negra como un cisco, podía darle un susto al miedo.

La bandada de gorriones había llegado en casa de la tía Beatriz, que estaba llena de bote en bote.

—Ea, largaos, que no se cabe; fuera la polilla.—Este fué el cumplido con que fueron recibidos por la amable tía Pavona, que á la sazón se hallaba en el zaguán añadiendo aceite al farol, al que soñoliento se le iban cerrando los ojos. Los recién llegados no hicieron caso ninguno, ni se dejaron intimidar.

(*) Singular oportunidad tendrá en estos días una de las más preciosas producciones del primero de nuestros novelistas coetáneos, con la circunstancia de ser poco conocida y de no figurar aun en la colección de sus obras.

—Cuela tú, Juanillo, dijo al oído del mayorcito la voz de tiple que bajó al suave susurro de un céfiro, mientras se empinaba mirando con curiosos y alegres ojos hacia lo interior de la sala, de donde salía un balsámico olor de yerbas aromáticas, un brillante resplandor de luces y un alegre son de zambomba, pandereta y cantos. Juanillo se escurrió de entre las manos de la tía Pavona que le quería retener, se deslizó por entre las piernas de los hombres como una anguila; y los demás le siguieron fácilmente, como si hubiesen estado untados de jabón.

—Mal haya vuestro pelo, sabandijas del demonio, gurrapatos del mismísimo Lucifer! gruñía la tía Pavona; por el ojo de una aguja son capaces de colar! Donde pueden estorbar, ahí están ellos, es decir, en todas partes. ¡Qué plaga de cito! ¡Qué no se quedasen para descanso del mundo en las mientes del Señor!

—Válgate Dios, tía Pavona, dijo la viuda que acertó á pasar por allí; déjelos Vd. ¿No sabe Vd. que hoy es la fiesta de ellos, hoy la santa noche buena?

—Su fiesta es la de todos los días del año, contestó la tía Pavona; ¿en dónde por ventura no meten esos gusarapos sus pestiños? ¡Dios los bendiga! ¡Comején! ¡Langosta! ¡Jesus, y qué bien vendría otro Herodes!

—Tía Pavona, que entren todos; que el niño Dios los quiere alrededor de sí.

Cuando entraron los niños en la sala, tan embalsamada, tan iluminada, y vieron el hermoso Nacimiento colocado en ella, una inmensa alegría inundó sus corazones.—Pero ¿quién es el que ha visto un Nacimiento y no lo ha sentido? —¿Quién no se ha hallado como en su casa, en su propiedad, en aquella naturaleza fantástica de corcho y papel engomado, con sus oscuras cuevas, en que ora ante un crucifijo un santo ermitaño, gracioso y sencillo anacronismo, como lo son el cazador que en una selva de matitas de romero dispara un tiro á una perdiz posada en la torre de una ermita como una cigüeña, y aquel contrabandista con su manta y su sombrero gacho, que con una carga de tabaco se esconde tras de una roca de papel, para dejar libre paso á los tres reyes que por las altas cumbres de esos Alpes de corcho caminan en toda su gloria?... ¿Quién no siente un placer inesplicable al ver pasar aquel borriquito cargado de leña por un soberbio puente de cantería de papel?... ¿Y aquel pradito de bayeta verde desmenuzada en que pacen tan tranquilos y tan blancos aquellos corderitos? ¿No os dá frío aquella escarcha tan bien imitada con arenilla de acero? ¿No os dá gana de calentaros aquella hoguera tan coloradita que encienden los pastores para calentar al Niño? ¿Quién no se afana por descubrir debajo de los cristales que figuran tan bien un río helado, los peces, las tortugas, los cangrejos que están con toda comodidad sobre el cauce de dorada arena, trastornando en sus tamaños respectivos los que les atribuyen los naturalistas?

¡Véase aquí un cangrejo, por cuyas tenazas puede pasar una anguila su vecina, como por el ojo de un puente; aquí un ratón colosal mira con aire de Matamoros á un diminuto y pacífico gatito; mas allá un horrico disputa con una liebre sobre el grandor de sus orejas, que son del mismo tamaño; un toro se ve en igual contienda en punto á cuernos con un caracol, y un fornido pato no quiere ceder la primacía á un cisne raquítico! Y estos pájaros de todos colores, que alegran los intrincados bosques de ramas de lentisco que for-

man el fondo de este cuadro encantador, ¿no os parecen acaso acudir de las cuatro partes del mundo? ¿No os alegra ver bailar á los pastores? Y sobre todo, ¿no adorais enternecidos el divino misterio contenido en aquel portalito con su techo de paja, y en el fondo su auréola ó gloria de luz? Nosotros lo decimos francamente, en aquella santa y alegre noche todo nos parece vivir y sentir; aquellas figuritas de barro hechas por torpes manos, puestas allí con tanta buena fe y tanta devoción, nos parecen animarse y recibir alma de la alegría y entusiasmo que reinan. La estrella que guía á los magos, ese oropel y cristal, se nos figura flamígera y arrojar resplandores. La auréola que circunda el pesebre en que yace el Dios hecho hombre, nos parece brillar, no por las luces que trasparenta, sino con un brillo del cielo, con los rayos del sol; las zambombas, panderetas y cantos nos son tan simpáticos y tan gratos, como si fuesen los ecos de los que en aquella dichosa noche hicieron resonar los pastores.

¿Puede acaso darse una fiesta mas alegre, mas sencilla, mas tierna y al mismo tiempo mas elevada? el nacimiento de un niño en un portal abandonado, y celebrado por pastores! la inocencia, la pobreza, la sencillez, primeras bases del magnífico edificio del cristianismo! Así, ¡cuánto no celebran los niños y los pobres esta fiesta! Traen á Dios lo que mas le complace, la inocencia, la fé y el amor. ¡Oh noche, bien denominada *buena*, mas alegre que el carnaval, y santa como la semana que lleva este nombre!

El cómo entiende y siente el pueblo esta fiesta, hasta qué punto está instruido de ella, y cómo la explica, lo probarán algunos de los cantos de Noche-buena, que aquí transcribiremos, escogiendo al acaso entre los muchos que hemos recogido. La sencillez en el modo de espresarse da á estas composiciones un sello de puro candor y de inimitable *genuinidad*; tienen una buena fé que conmueve, y aun literariamente un gran valor que no está al alcance de todos. Día llegará, no nos cansemos de repetirlo, en que en España, como en los demás países de alta cultura, se aprecien estas composiciones populares, como se buscan las fuentes de todo rio.

Cuando los niños entraron, cantaba una muchacha:

Cuando el Eterno se quiso hacer niño,
Le dijo á un ángel con mucho cariño:
«Anda, Gabriel, vete á Galilea,
Allí verás una pequeña aldea;
Es Nazaret su gracioso apellido;
Junto á una casa hay un ramo florido.
En esa casa, que de David viene,
Hay una niña que quince años tiene:
Está casada con un carpintero,
Y aun cuando es muy pobre, así yo la quiero.
Dile que quiero en ella hospedarme,
Y en su seno puro tomar cuerpo y sangre.
Fué el santo ángel bebiendo los vientos
Hasta llegar al humilde aposento,
Y cuando vió á la hermosa María,
Le ha dado el encargo con que Dios le envía.—
«¡Dios te salve, dice, con gran alegría,
Dios te salve, reina y dichosa María
El Señor es contigo y bendita tú eres,
Unica escogida entre las mujeres,
Y bendito el fruto que has de dar á luz,
El rey de los cielos y tierra, Jesus.»

Acabado este canto cantado en su tonada propia, se cantaron los villancicos y las canciones, en que una voz

cantaba una de tantas infinitas coplas ó sabidas de memoria ó improvisadas, y todas las voces se unian en el estribillo, al mismo tiempo que una pareja de niños bailaba ante el Nacimiento. Cada vez que concluía una copla, los dos niños que habian bailado se acercaban con sus mejillas encendidas y sus brillantes ojos al retablo, y abriendo sus bracitos, se arrodillaban, y exclamaban ¡POR TI!

No es posible explicar el sentimiento tan profundo y tierno que despierta esa sencilla exclamación: *por ti*.

¿Y qué significa esta frase, *por ti*?

¿Vos no lo habeis comprendido? será porque la veis firmemente estampada sobre el papel. Pero si la hubieseis oído de aquellos labios fervientes é infantiles, si hubieseis observado en aquellos espresivos y animados ojos el sentimiento que la dictaba, hubierais conocido, como nosotros, que decia *por ti* nuestra alegría, *por ti* somos cristianos, *por ti* somos felices, *por ti* seremos salvos, *por ti* laten nuestros corazones, *por ti* cantan nuestros labios, *por ti* queremos vivir, *por ti* queremos morir. Todo, todo, *por ti*.

Cantábanse estas alegres coplas:

Ha nacido en un portal
Llenito de telarañas,
Entre la mula y el buey,
El redentor de las almas; —
Y dijo Melchor:
Toquen, toquen esos instrumentos,
Alégrese el mundo, que ha nacido Dios.

Esta noche nace el Niño
Entre la paja y el hielo:
¡Quién pudiera, niño mio,
Vestirte de terciopelo!

En el portal de Belen
Hay estrella, sol y luna:
La Virgen y san José
Y el Niño que está en la cuna.

En Belen tocan á fuego,
Del portal sale la llama,
Es una estrella del cielo
Que ha caído entre la paja.

Yo soy un pobre gitano
Que vengo de Egipto aquí,
Y al niño de Dios le traigo
Un gallo quiquiriquí.

Yo soy un pobre gallego
Que vengo de la Galicia,
Y al niño Dios le traigo
Lienzo para una camisa.

Al niño recién nacido
Todos le traen un don;
Yo soy chico y nada tengo,
Le traigo mi corazón.

En este momento se oyó la voz de la tia Pavona, cancherbero de la casa, que bregaba á brazo partido con una nueva bandada de gorriones invasores, pero con el mismo mal éxito que la vez anterior; pues por entre el grupo de hombres que de pié estaban á la entrada de la sala, se vieron asomaron simultáneamente cabecitas de niños, cuyos cuerpos no se sabia si existian, de tal suerte se habian encojido y embutido entre las capas de los hombres: de manera que imitaban á lo vivo las de los angelitos que adornan con tan linda profusion los grandes retablos de gusto y estilo churrigueresco.

—¡Un sarampion! ¡un sarampion! gritaba la declarada enemiga de los niños, ¡y qué bien que nos vendria un sarampion! Desde que dieron en la *vajuna*, el demonio que

pueda parar en el mundo; ni uno se muere! ¿Dónde vamos á parar? ¡Esto es un loqueo!

Los hombres, que oían regañar á la tía Pavona, se pusieron á cantar:

Una pandereta suena,
Yo no sé por donde vá.
Camina para Belen
Hasta llegar al portal; —
Y dijo Gaspar:
Que por buena que sea una vieja
¡Ni el mismo demonio la puede aguantar!

Restablecida un poco la calma que esta invasion de infantiles conquistadores habia producido, se apareció el alcalde precedido de una soberbia barriga, y seguido por un humilde alguacil llamado Florin.

El alcalde habia sido compadre del marido de Beatriz, era viudo como ella, y habia tiempo que andaba empeñado en que ambos de un golpe dejaran de serlo. Pero no habia que pensar en que Beatriz mudase de estado. Habriase Beatriz dejado arrancar el corazon antes que su estado de viuda; no porque aborreciese á los hombres, ni le pareciera mal el estado de casados; sino porque el de viuda le parecia preferible á todos, mas tranquilo que ningun otro, y mas cercano á la perfeccion á que aspiraba. El alcalde era un Creso de pequeñas dimensiones. Tenia cuatro yuntas de bueyes, un olivar, casa propia, y labraba un rancho á parceria con la viuda. En cuanto á Florin, era amigo íntimo de la tía Pavona, y como los muchachos lo molian y perseguian terriblemente á causa de su estraña figura, las largas conversaciones de estos dos amigos hallaban inagotable pábulo en murmurar y renegar de cuanta criatura viviente bajaba de veinte años.

Despues que el alcalde hubo bebido un trago de mistela que le ofreció la dueña de la casa, le suplicó que cantase.

Esta, que poseia muy buena voz, y tenia un placer en cantar cosas santas, consintió desde luego, y habiendo los demás vuelto á cojer la pandereta y zambomba para acompañarla, empezó á cantar así este villancico:

Pues la noche está fria
Y está serena,
Canten los villancicos
De Noche-Buena (bis).
El Niño ya ha nacido;
Venid, pastores,
No le temais al frio
Ni á sus rigores (bis).
A un portalito pobre
Se han retirado,
Donde el buey y la mula
Lo han albergado (bis).
En ese portalito
Su cama ha sido
Una poca de paja
Que han recojido (bis).
Aunque en Belen te vea
Tan pobrecito, (bis)
Te creo Rey poderoso,
Pero muy rico,
Que á conquistar bajaste
Todas las almas,
Pero sin armas (bis).

Las mujeres cantaron en seguida estas coplas:

La Virgen lava pañales,
Y los tiende en un romero;

Los pajaritos cantaban,
El agua se iba riendo.
La Virgen lavando estaba
Las pobrecitas mantillas,
Y san José las tendia
Al sol en las maravillas.
Mientras cortaba la tela
Y hacia las camisitas,
¡Cuántas lágrimas de amor
Corrían por sus mejillas!

(Se concluirá.)

CRÓNICA.

El dia 6 del actual recibió en audiencia el padre santo en la sala del Consistorio á las religiosas y educandas del conservatorio Terlonia, á quienes dirigió el siguiente discurso:

«Queridas niñas: os concedo mi bendicion con toda la efusion de mi alma. He oido con un verdadero placer lo que me han dicho vuestras dos compañeras, porque lo han dicho bien, y además con timidez y modestia. Esto es digno de alabanza, y muestra evidente de la educacion esmerada y cristiana que recibís, pues la desenvoltura que se observa en las niñas que frecuentan las escuelas modernas, sienta muy mal en jóvenes de vuestra edad.

Hace una hora leía yo (apenas he acabado de leerlo) el artículo de un periódico; la primera parte de este artículo no es aplicable á vosotras, pero lo es la segunda. En la primera dice que un diputado, dirigiéndose á sus compañeros, les interrogaba en esta forma: ¿A dónde vamos? ¿Cómo concluirá esto? ¿En dónde estamos? ¿En qué tiempos vivimos? preguntas á que nadie se atrevió á responder; pero el diario católico lo hace de este modo: «Marchais al precipicio, correis á vuestra perdicion, vosotros lo ignorais sin duda; pero nosotros los católicos sabemos en dónde nos encontramos y á dónde nos dirigimos. Nos encontramos en el buen camino y nos dirigimos al bien.»

Vosotras también, mis queridas hijas, podeis decir que sabeis en donde os encontrais. Estais en un conservatorio donde se enseña la virtud y la laboriosidad, á fin de que podais vivir honestamente con el fruto de vuestro trabajo; podeis decir tambien, «nos encontramos en un lugar de retiro, en donde aprendemos á temer y amar á Dios, que nos alienta con su gracia y sus beneficios, nos encontramos en un lugar en que aprendemos el deber, y no tenemos que temer los peligros que en nuestros días pierden á tantas almas.»

Dad gracias á Dios por conocer en donde os encontrais, y procurad aprovecharos de la sabia enseñanza que se os da: sed obedientes y fervorosas, frecuentad los sacramentos, y trabajad con asiduidad á fin de huir del enemigo mayor y mas peligroso de la virtud, que es el ocio. A fin de que podais vivir bien en el conservatorio y en la sociedad, si á ella os llama el Señor, os concedo mi bendicion. Que ella os ayude y sostenga en el cumplimiento de vuestros deberes, y os sirva de estímulo para trabajar por la gloria de Dios, por vuestro provecho y por el consuelo de los que os hacen bien y os instruyen.»

Roma entera ha acudido al Vaticano en el gran dia de la Inmaculada, demostrando así por medio de piadoso y verdadero plebiscito por quién están sus simpatías y para quién es su inquebrantable adhesion. Las iglesias estuvieron llenas de gente, sobre todo la basilica de san Pedro, y por la noche tuvo lugar en toda la ciudad una magnífica iluminacion.

En este solemne dia recibió su santidad á una numerosa comision de señoras católicas, procedentes de diversas naciones, la que presentó al venerable y amado anciano un magnífico album cubierto por 20,000 firmas y una ofrenda de 70,000 escudos. Entre las firmas se cuentan las del conde de Chambord, rey de Nápoles, conde de Trápani, duques

de Módena y Parma, príncipes de Baden, Hohenzollern y Wurtemberg y otras muchas personas no menos ilustres. El rey de Nápoles y el duque de Módena han enviado cada uno 8,000 escudos. También remitió la cantidad de 14,000 francos la *Unità Cattolica* de Turin, siendo esta la undécima y no mayor oferta que ha hecho en el corriente año.

En la recepción del Vaticano del día 9, el marqués de Villeschi leyó un discurso en que comparaba al papa con san Pedro en las prisiones, haciendo votos al propio tiempo por que se reproduzca la milagrosa libertad del príncipe de los apóstoles. El papa respondió:

«Mucho me regocijan los hermosos sentimientos que acabais de manifestarme, y acepto con gran placer el magnífico presente que me haceis... Creo que la situación actual del catolicismo puede compararse al agua, la cual cuanto mas se la comprime mas se eleva. Sí, la Iglesia de Jesucristo así está constituida: cuanto mas procuran oprimirla los hombres, mas se eleva hacia Dios. Las contrariedades, en lugar de abatirla, vienen a demostrar la vitalidad de su poderosa grandeza.

La presente persecución servirá para hacer conocer cuán grande es la vida de la Iglesia, reavivando el fervor de todos los pueblos de la tierra, de manera que podremos decir: *Laudate Dominum omnes gentes, laudate eum omnes populi.*

Y yo por mi parte concederé una bendición que á todos alcance, especialmente á los aquí presentes y á todas las personas que tengan con vosotros comunidad de creencias y de esperanza, puesto que veo que la obra de avivar la fe es una obra de todo el mundo.

De todos los rincones del mundo llegan al papa los mas tiernos sentimientos de cariño y de adhesión. Tal es el verificado ultimamente por la reina de Wallis, isla de Oceanía, convertida al catolicismo en union de sus súbditos por el celo de unos respetables misioneros. Dicha reina ha escrito á su santidad una afectuosa carta, lamentándose de los malos tratamientos y persecuciones que sufre de parte de los europeos, y ofreciéndole el testimonio de su amor y del de sus insulares. El papa se ha dignado contestar y bendecir á los fieles isleños.

Los revolucionarios y revisionistas suizos se muestran vivamente alarmados por haber sido elegido vicepresidente del consejo de los estados M. Kopp, hombre de grandes condiciones y católico puro sin epítetos ni aditamentos. Lo mas grave del caso es que con arreglo á la constitución federal M. Kopp será presidente en el año próximo, y esto irrita sobre manera á los liberales, que se creen ya sometidos al obispo de Basilea y al nuncio de su santidad, de quienes parece ser muy amigo el mencionado hombre público.

Los periódicos franceses publican estensas relaciones sobre la gran peregrinación que la siempre fiel Bretaña ha verificado el día 8 del corriente al santuario de Santa Ana de Auray, patrona de aquella nobilísima tierra que tantos puntos de semejanza tiene con nuestras provincias vascas.

Nos causa verdadera admiración lo que puede hacer un pueblo lleno de fe religiosa, lo que hacen desde luego las naciones, que libres de las circunstancias de que España está rodeada, verifican solemnísimas manifestaciones de cristiano ardimiento, y se preparan por medio de estos actos, unidos á otros de índole puramente espiritual, como son la frecuencia de los sacramentos, á pelear en favor de la religion católica tan combatida por la revolución y por la impiedad.

El estudio de tantas y tan numerosas peregrinaciones, de la inagotable caridad de los católicos que atiende á una multitud de piadosas obras cristianas y sociales, y del creciente entusiasmo que por todas partes se nota á medida que arrecian los ataques del enemigo, permiten esperar fundadamente aun sin contar con las divinas é infalibles promesas, que la Iglesia saldrá triunfante una vez mas de la ruda lucha que sostiene hoy en todos los pueblos, en todos los terrenos y á todo trance.

Bien lo ha manifestado así el sumo pontífice, que encuentra como uno de los mejores signos del anhelado y pró-

ximo triunfo, el movimiento católico verificado hoy en Europa, y principalmente en aquellos países donde parece predominar la revolución impía. Apenas pronuncia el papa discurso alguno en que no haga notar este singular fenómeno, del que espera mucho para su libertad y para la de la Iglesia.

Las peregrinaciones religiosas, verificadas en Italia, Francia y Alemania, tienen una importancia bajo el concepto dicho, que no puede desconocerse y que por el contrario debe consignarse para ejemplo y consuelo de los católicos.

La peregrinación de Santa Ana ha sido de las mas concurridas de toda Francia. A 45,000 ascendieron los asistentes; y mas de 10,000, no pudiendo unirse á ellos en el día señalado, se proponían hacerlo al siguiente día. Diez y nueve mil comuniones han tenido lugar solo en el santuario, sin contar las verificadas en Vannes, Nantes y otros puntos antes de la partida, número verdaderamente extraordinario y que prueba el espíritu religioso de los obispados de Rennes, Nantes, Quimper y Vannes. El prelado de esta última diócesis dió á la inmensa concurrencia la bendición papal y anunció que el sumo pontífice concedía con ella una indulgencia plenaria.

El tiempo estaba lluvioso y frio; pero los nobles hijos de aquella católica tierra, tan llena de grandes recuerdos, y en que tan arraigado está el sentimiento católico, no han temido arrostrar todo género de contratiempos por cumplir el voto nacional. Veíanse llegar de todas partes largas procesiones formadas por los fieles de las parroquias, á cuya cabeza figuraban los párrocos y que iban guiadas por ricas banderas. Cánticos religiosos en honor de la santa madre de la Virgen regocijaban todos los corazones y animaban la popular ceremonia.

De solo la circunscripción marítima de Vannes asistieron 800 marinos llevando un ex-voto para la santa; estos bretones habian manifestado su valor ante el enemigo prusiano en gran número de combates. Con ellos iban el almirante Gicquel des Touches prefecto marítimo, el presidente del tribunal superior de Vannes y los bravos generales de Sonis y Lauriston.

Los alumnos de derecho y medicina de la escuela de Rennes enviaron sus diputaciones y banderas. Todo contribuyó al esplendor de la fiesta, y la Bretaña ha demostrado una vez mas los sentimientos que la animan.

CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

De la última pronunciada por el Sr. Aguiló sobre el tema *¿qué es el catolicismo?* no se dá el extracto, porque en forma de artículo se publicará mas adelante en este semanario.

La conferencia de esta noche, dada por el presbítero D. Miguel Maura, versará sobre las *Obligaciones en vez de Dios*, siguiendo á ella dos diálogos por varios jóvenes.

En las próximas festividades, á contar desde el día de Navidad, se darán por jóvenes de la asociación, en un sencillo teatro improvisado al efecto, varias representaciones y piezas alusivas á los misterios de estos días, principiando por la que escribió años hace en prosa y verso el fundador de la UNIDAD, D. José María Quadrado, con música del distinguido compositor Sr. de Valldemosa en algunas escenas. De esta producción titulada *Los Pastores de Belén* acaba de tirarse segunda edición que se espone en la librería de Guasp á 2 rs. el ejemplar.